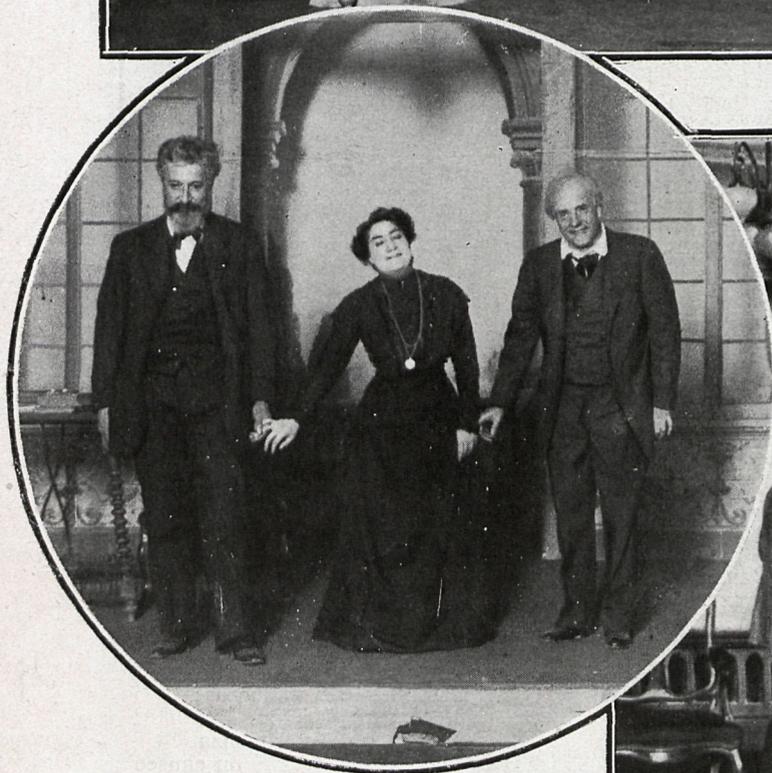


ESTRENO DE "EL REDENTOR,, EN EL ESPAÑOL



Una escena del tercer acto.

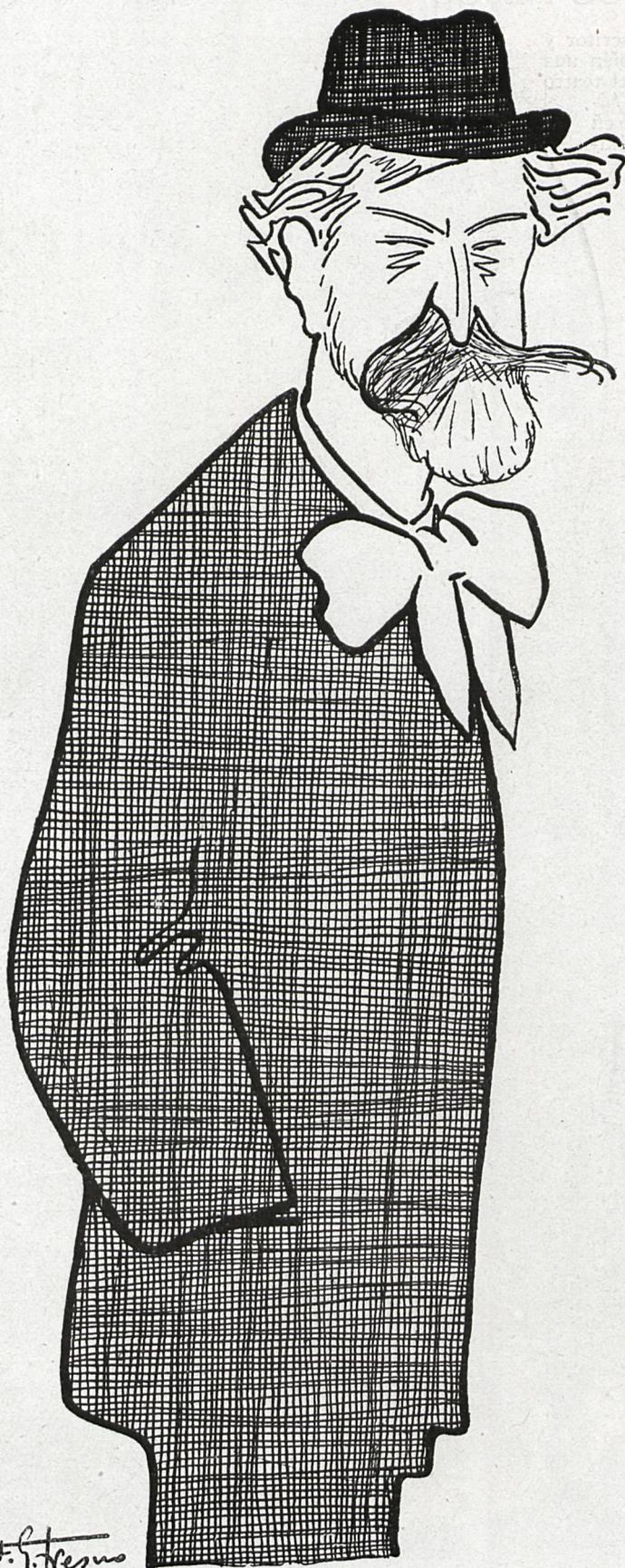


El autor del drama, D. Santiago Rusiñol, acompañado por sus intérpretes Carmen Cobeña y Enrique Borrás, al salir á escena llamados por los aplausos con que el público premió su labor.

Fots. Alba y Riri.



Penúltima escena de la obra. Sr. Calvo, Sr. Borrás y Sra. Cobeña.



Santiago Rusiñol,
ilustre autor de
«El Redemptor».

F. J. Vespa

TEATRO PARA LOS NIÑOS

Sinesio Delgado, el cultísimo escritor y delicado poeta, ha dado también una obra, lindísima como suya, para el teatro de los niños. Titúlase *Cabecita de pájaro*, y se estrenó el jueves último en el Príncipe Alfonso, logrando un éxito superior á toda ponderación.

Cabecita de pájaro, que es algo así como un ingenioso cuento de niños á la manera de los de Perrault, en el cual hay pastorcitos enamorados de princesitas y viceversa, fué admirablemente representado y entusiásticamente aplaudido.

En dirigir el trazado de decoraciones y la confección de trajes, eligiendo cuidadosamente los figurines, se ocupó un ingenio muy elevado, á quien entusiasmó la lectura de la obra. Y así de perfecto salió todo.



1, Primera escena de la obra de D. Sinesio Delgado «Cabecita de pájaro». Niña Garcés y Sra. Torres.

2, Una escena del cuadro-sexto. Sr. Forreacion y Srta. Rodríguez.

Fot. R. Cifuentes.

ESTRENO DE "COLOMBA,, EN EL TEATRO REAL

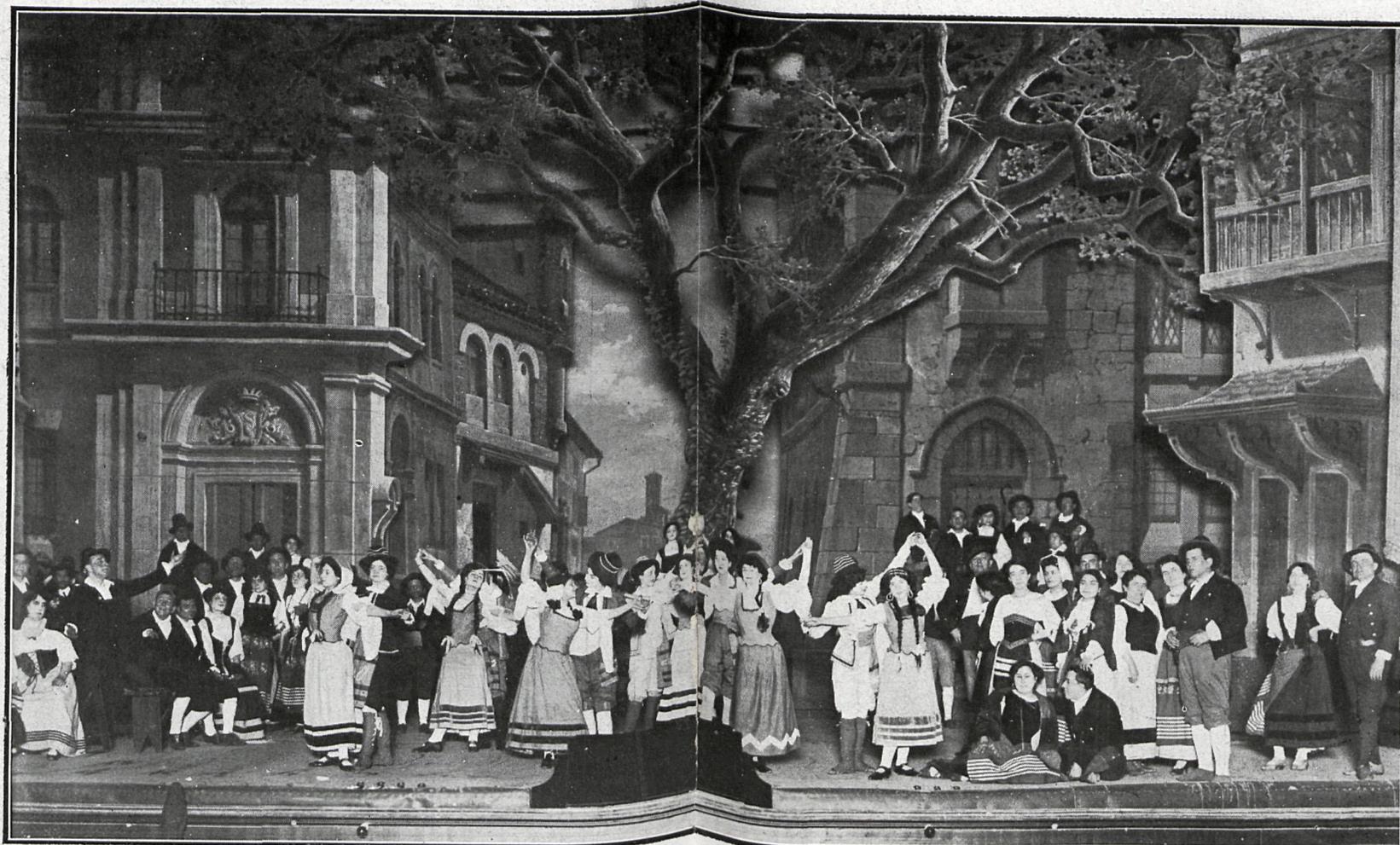


Escena final de la ópera. Sra. D'Albert y Sr. Fazzino

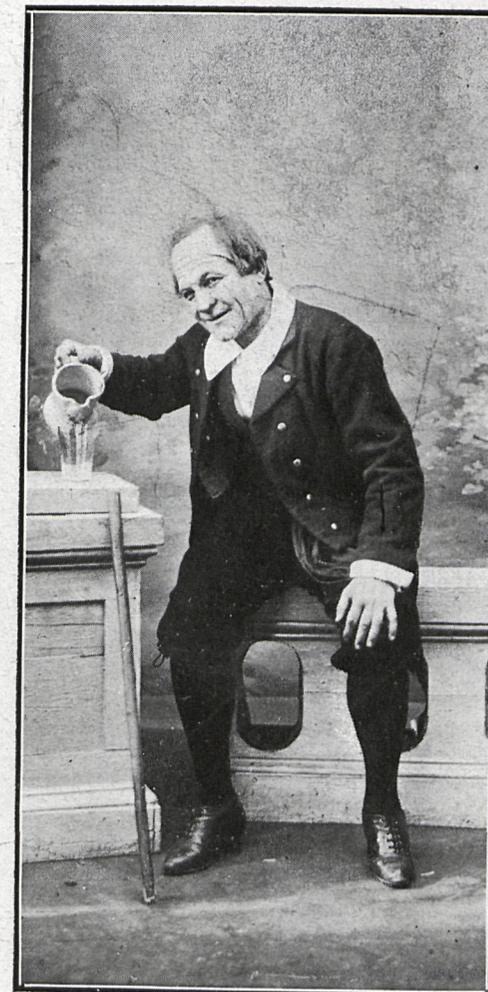
Fot. Calvache



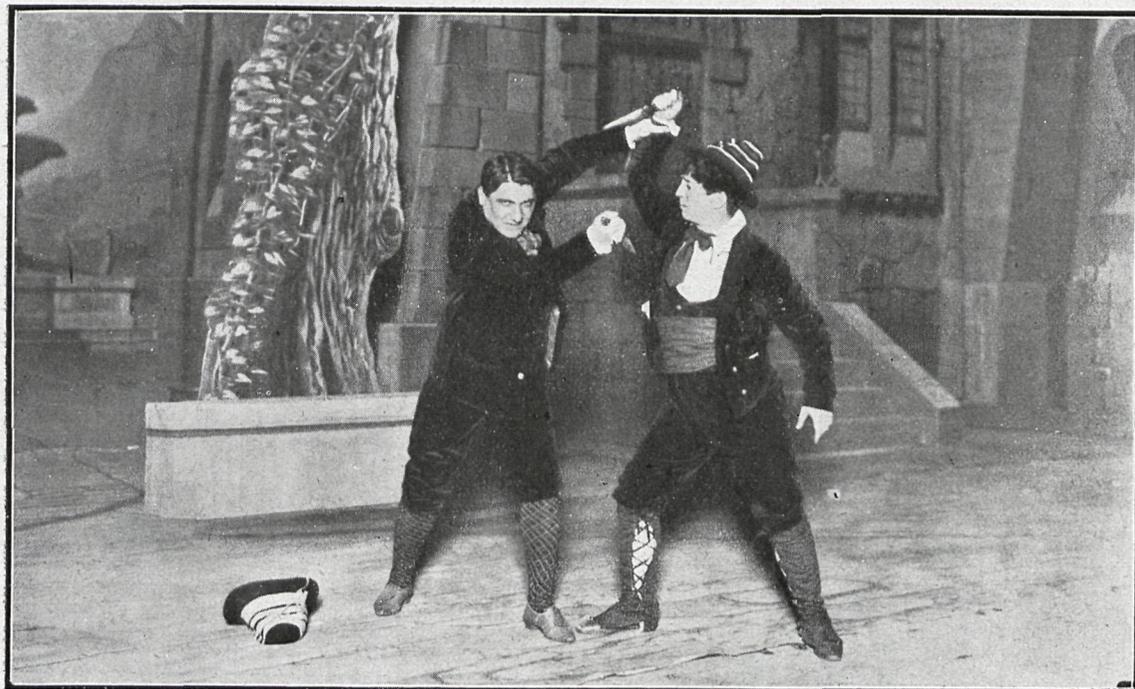
Lucía (Srta. Marini)



La canción de la alegría. Una escena y bailables de «Colomba».



El tenor José Sánchez. Fots. Nouville.



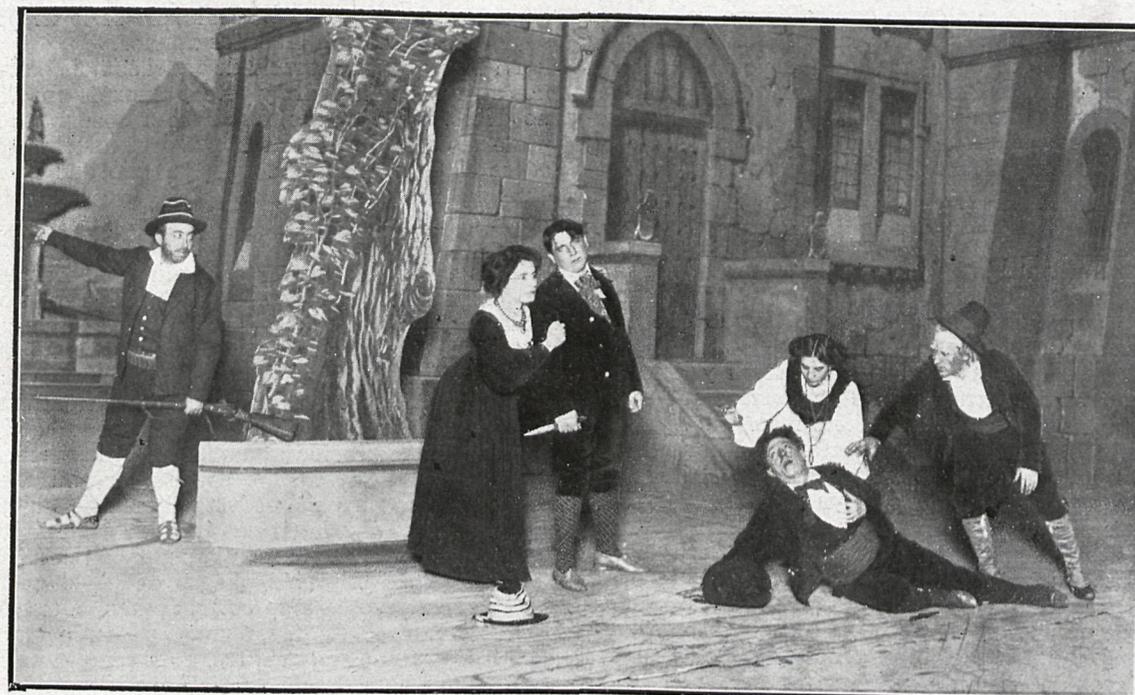
Una escena de «Colomba». El desafío.

El estreno de *Colomba* en el teatro Real fué un acontecimiento al cual dieron mayor esplendor con su presencia la familia real, el Gobierno casi en pleno y muy eminentes figuras de la alta sociedad madrileña.

Colomba es el segundo paso que en estos últimos tiempos se ha dado para la implantación de la ópera española, ó mejor dicho, de la ópera de autores españoles. *Margarita la Tornera* fué el primero.

Colomba ha triunfado también en toda la línea. El maestro Vives, que con sobrados méritos figuraba ya entre los predilectos del público, ha hecho lo mucho bueno que de él podía esperarse. Los libretistas, señores Fernández Shaw y López Ballesteros, le acompañaban dignamente en su empresa, y para todos ha habido justos aplausos.

Vaya, pues, nuestra enhorabuena para todos, sin olvidar á los felices intérpretes de la producción de Vives, Fernández Shaw y López Ballesteros.



Otra escena de la misma ópera. La muerte de Vicentello.

Fots. R. Cifuentes.



MI PRIMER TEATRO

Tenía yo siete años...

Y tenía siete reales en mi hucha, reunidos de la manera siguiente:

Una peseta que como *aguinaldo* me había dado mi padre. Dos reales *en plata* que mi tía Micaela me entregó al enterarse de que yo tenía hucha, queriendo con esto estimular en mí los instintos del ahorro, sin que la costase gran cosa la práctica predicación de tan gran virtud. Y un real, último de mi escaso haber, que procedía de sucesivas *sisas* verificadas en el bolsillo de mi madre.

Con tan saneado capital dentro de la tripudada vasija de Alcorcón, y con las vacaciones de Navidad por delante, pensé en emplear mis caudales en la adquisición de un teatro para dar representaciones ante los amigos de colegio que á mi casa venían por las Pascuas.

Mi visita á los bazares fué estéril y dolorosa. Los teatros, hechos de tabla y cartón, que allí se vendían, eran carísimos. Siete reales no significaban nada allí donde los precios eran por pesetas, ¡por muchas pesetas! Aún recuerdo el lindo armatoste que sobre el policromo y triangular frontón de la embocadura, lucía el sugestivo título de "Teatro de la Infancia".

Era un enorme teatro de juguete. Tenía hasta palcos proscenios con público simulado, compuesto de muñecos. A ambos lados de la embocadura, dos grandes candelabros, provistos de esmeriladas esferas de cristal, simulaban los focos del alumbrado. El telón, un rojo telón (cuyos espléndidos cortinajes, rematados por largos flecos y sujetos por gruesos cordones de oro, recuerdo aún como

si los viera) *subía y bajaba*, gracias á un complicado mecanismo.

El teatro poseía además tres juegos completos de decoraciones y una interminable serie de personajes vestidos con distintos atavíos.

Ni á preguntar el precio de aquel soñado coliseo nos atrevimos mi padre y yo. El autor de mis días no debió, sin embargo, quedarse á oscuras respecto al coste del artefacto, pues un cartelito que sobre el juguete ofrecía un guarismo que yo no entendí, hizo dar á mi padre media vuelta rápida hacia otra *sección* del bazar que entonces visitábamos.

Tras varias idas y venidas salimos del comercio encantado, convencidos de que era una tontería gastar tanto dinero en un juguete que, por muy poco, *podía fabricarse en casa*. Estas últimas palabras fueron de mi padre.

La idea fué por el hijo aceptada con entusiasmo, y aún conservo en la memoria todo el proceso de la elaboración de aquel mi primer teatro.

Acompañado de Carlitos, mi mejor amigo entonces, fuimos á una modesta tienda de objetos de escritorio, situada en una calle de segundo orden, próxima á mi casa. En la pequeña tienda adquirimos unos impresos pliegos de papel en los que, litografiados á todo color, aparecían telones, bastidores, decoraciones, embocaduras, personajes, *trastos*, muebles, etc., etc. A la compra de los pliegos añadimos la de varias hojas de cartulina y de grueso *cartón de zapatero*. Con todo ello y con un ovillo de alambre flexible, salimos contentos á la calle y nos dirigimos á nuestro hogar

La llegada fué triunfante. Sobre la mesa del comedor desenvolvimos los paquetes. Allí fué el fijarnos detalladamente en las bellezas de los pintados pliegos. ¡Qué telón tan regio! ¡Qué emboadura tan preciosa, luciendo en todo lo alto la carátula de la Comedia! ¡Qué suntuoso palacio el que representaba la *decoración de sala!* Tenía unas lindas columnas de mármol rojo y en los bastidores estas mismas columnas quedaban al aire, dando fantástico aspecto de calada perspectiva al regio conjunto. Pues, ¿y la *decoración de selva...*? ¿Dónde se vió bosque más espeso ni tan enmarañada trama de viejos y corpulentos árboles?

Pero nada nos produjo tanta impresión como la *decoración de cárcel.*

¡Era preciosa y sombría! Constaba de abovedados muros de gruesas piedras negruzcas. Tenía una pequeña ventana con gruesos barrotes de hierro. Y en los bastidores se veían grillos, cadenas, un cántaro de agua y un banquillo de piedra... Era, sin duda, la más interesante decoración de todas las elegidas.

Y es que la intervención del dolor da el punto interés al trama.

Los asuntos que nosotros adivinábamos dentro de aquella cárcel nos llenaban de anticipada emoción.

Es un fenómeno que hoy, ya hombre, me hace pensar y que entonces apenas si noté, éste de que en todo decorado de teatro infantil figure necesariamente una *decoración de cárcel.*

Sabe, ó por lo menos presume, el fabricante de los lindos pliegos que al final de aquella vida que los diminutos personajes de cartón van á llevar entre vírgenes selvas, regios palacios y dorados jardines, ha de venir el dolor y la cárcel para alguno; que no se escapa el hombre sin ser víctima de una gran injusticia ó de una suprema sanción; que en cualquiera que sea la urdimbre del drama, aún no inventado por los pequeñuelos propietarios del teatro, ha de haber un preso, un condenado, que acaso consiga la evasión, que es siempre de interés dramático y muy humana. Si el que sufre entre los barrotes de su encierro logra escaparse, las diminutas manos del público infantil batirán gozosas y la alegría se reflejará en todos los semblantes.

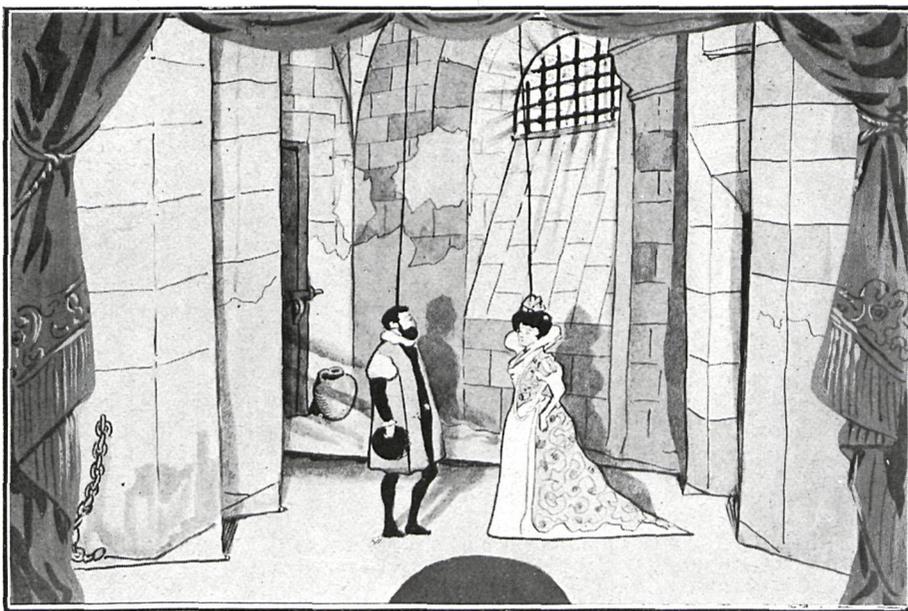
¡La *decoración de cárcel...*! Fué la primera que montamos en mi primer teatro.

Nuestro improvisado taller empezó á funcionar. El engrudo invadió todo el tablero de nuestra mesa. La impaciencia perjudicaba la obra.

El vehemente deseo de contemplar *el efecto* era causa de que no esperásemos á que el engrudo secase. Y el papel pintado se separaba del cartón. Los bastidores se abarquillaban. La emboadura no se sostenía todo lo enhiesta que hubiese

sido preciso. El telón era nuestra pesadilla. Fué el de papel substituído por otro de tela. Una varilla, un corcho y un carrete completaron el mecanismo de subida y bajada. Pero no hubo ensayo en que no quedase la cortina enganchada á mitad de camino, causando nuestra desesperación por lo imperfecto de la maquinaria.

Los personajes, recortados con prisa, apenas si conservaban el perfil dibujado. Las narices, las espadas, todos los salientes del trazo de su dibujo caían ante el veloz paso de las tijeras. Quedaron romos los reyes, mogones los guerreros, redondeados los pajes... ¡Jamás se vieron



figuras con menos relieve en teatro alguno...!

El día anunciado para la inauguración de mi primer teatro fué solemne. Numerosos amigos míos estacionáronse ante la mesa en que aparecía brillante el lindo *frontis* de mi coliseo. Detrás de él, Carlitos y yo nos disponíamos al trabajo. Los personajes dormían en haz sobre las tablas, con sus peanas de cartón y sus largos alambres emergentes de sus cabezas. Un timbre sonó. Yo corrí al telón para hacerle subir. El fracaso fué el de siempre. Pero subsanada la interrupción, apareció la verde decoración del bosque. Los personajes salieron, dijeron dos tonterías, pues ni habíamos pensado qué tenían que decir, y el cambio de decoración vino en seguida. Nuestra prisa era cambiar de decorado y que el público viese los varios telones que poseíamos. Desfilaron *la calle, la sala, ¡la cárcel!* ante la vista de los pequeños espectadores y... no recuerdo cómo acabó la función.

Lo que sé es que durante mucho tiempo anduvieron rodando por mi casa los restos de aquel mi primer teatro. A veces de un cajón de juguetes salía un bastidor de selva ó una reina recortada en papel, luciendo alto cuello *Médicis*, escote exuberante, encorsetado talle y larga cola de corte...

Poco á poco fuéronse destruyendo aquellos residuos y yo empecé á asistir á los teatros *de verdad*, menos entretenidos á veces que aquel ingenio, sincero y engrudado teatro de cartón y de alambres...